



*¿Cómo explicar
con palabras
lo que llevo
dentro?*

Imágenes e historias de refugio



APDH DEL ECUADOR
ASAMBLEA PERMANENTE
DE DERECHOS HUMANOS



CONSEJO NORUEGO
PARA REFUGIADOS





*"Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata".
Vicente Huidobro*

Responsable de**la publicación:** APDH del Ecuador**Fotografías:** Jimmy Coronado
Ivette Minda M.
(págs: 4/24/45/61/62)**Textos:** Jimmy Coronado,
Ivette Minda M.
Textos basados en los
testimonios reales de
refugiados y refugiadas
colombianos/as en
la frontera norte
ecuatoriana.

ISBN: 978-9942-02-664-4

Derecho autoral: 032186

Diseño e**Impresión:** NINA Comunicaciones
(5932) 252 6924
Quito, Ecuador**Segunda Edición:** 1.000 ejemplares

Diciembre 2009

Somos tanto del lugar que nos dio el primer aire, como lo somos del lugar donde ahora respiramos... somos los ojos que recorrieron ya muchos lugares y que recuerdan, como somos ahora los que miran y los que recordarán... estamos de este lado de la frontera y antes estuvimos del otro, ahora nuestra vida destruye esa lógica mezquina de los límites... mi boca acentúa la palabra del lugar donde aprendí a decir, de donde dijeron los abuelos y que ahora me delata como sospechoso de algo que no soy... sigo siendo de la tierra donde sembré mi primer árbol, donde amé en primer lugar, donde construí mi ninguna casa, donde hice un hogar, tanto como soy ahora de aquí, donde sembraré un nuevo árbol, donde amo y amaré, donde haré mi hogar con casa o sin ella... me niego a venir con mis dolores si no me reciben mis amores, ahora quiero compartirlos como siempre se hace con los amigos...

Aprendimos a verlos viéndonos y sabemos que estas palabras les pertenecen y nos pertenecen, sabemos que cualquiera de nosotros podríamos decirlas, porque cualquiera de nosotros puede estar al otro lado de la frontera.

“¿Cómo explicar con palabras lo que llevo dentro?”, es el nombre de esta publicación, que nació desde el testimonio mismo de sus actores, y que ahora pretende llegar a cada uno de ustedes, como un reconocimiento a todas y todos los luchadores de la frontera, que surgieron como militantes de la campaña “Colombia es mi hermana” con la cual buscamos fortalecer los lazos de fraternidad y solidaridad que debemos tener entre pueblos hermanados.

APDH del Ecuador

Prólogo

Jorge Luis Borges decía que la única y verdadera patria común, es la del lenguaje. Desde el río Bravo en el norte de México, hasta los confines de la Patagonia en Chile y Argentina, se extiende la gran patria latinoamericana. Patria matizada de diversidad, contrastes y generosidades. Lamentablemente las guerras (sea cualquiera su origen) siembran de fronteras a la geografía, pero jamás al espíritu. En este libro se recogen los dos aspectos que genera ese conflicto: por una parte el dolor del exilio y el desplazamiento. Por otro, la generosidad de la gente que los recibe como sus iguales en su seno y en su patria política. Específicamente en: “¿Cómo explicar con palabras lo que llevo dentro?” se cuentan las historias de las vidas y destinos que por el rigor de la guerra han tenido que desplazarse hasta la frontera norte de la patria ecuatoriana. He aquí el lenguaje fraterno. La constancia de la adversidad pasada y la generosidad presente.

Iván Oñate



Contigo
Manuel Altolaguirre

*No estás tan sola sin mí.
Mi soledad te acompaña.
Yo desterrado, tú ausente.
¿Quién de los dos tiene patria?*

*Nos une el cielo y el mar.
El pensamiento y las lágrimas.
Islas y nubes de olvido
a ti y a mí nos separan.*

*¿Mi luz aleja tu noche?
¿Tu noche apaga mis ansias?
¿Tu voz penetra en mi muerte?
¿Mi muerte se fue y te alcanza?*

*En mis labios los recuerdos.
En tus ojos la esperanza.
No estoy tan solo sin ti.
Tu soledad me acompaña.*





¿Ser refugiado? Es duro, sentir posible o vivir la pérdida de la familia, de la paz. Es más que un carnet... es huir del hogar por cuidar la vida y al llegar... imagínese que uno pasa y lo insultan, pero uno logra seguir, a uno lo detienen, nos lastiman cuando nos insultan a los hijos. A veces un niño mío sale con un balón o un juguete y otros niños le quitan o le pegan: “por colombiano”, le dan un garrotazo por quitarle el balón, y uno siente a flor de piel la impotencia.

Yo les dejo aquí mi voz para pedir que no se metan con los hijos, que con uno, lo que sea, pero con los hijos... ¡No! Hay gente que dice que los colombianos somos malos, pero uno no es malo o deja de serlo por ser o no ser colombiano. Yo de Colombia no he venido corrida, sino que a uno le da mucho miedo vivir allá y también miedo venir acá. Uno ve que a los vecinos, a los amigos, a la familia los matan y es imposible vivir así.





“... siento más tu muerte que mi vida”.

Ni en Colombia ni en otro lugar del mundo, las madres parimos hijos para la guerra... por eso salí de mi Nariño... temiendo volver la mirada a mi suelo y a mi cielo y condenarme con ello a mutar en una estatua de sal. Traje a mi familia, por aferrarme a la vida de mi hijo y mis hijas, pero aquí nos encontró la guerra, aquí lloré noches enteras enjuagando la sangre alrededor de los balazos que sembraron en el pecho de mi hijo, abrazada a su recuerdo, a sus tiernos catorce años y el temor de perderlo nos trajo hasta aquí y el desconsuelo que fue, finalmente, perderlo.

Por mucho tiempo el dolor se tendió sobre mí como un peso enorme. La ausencia de sus manos, sus ojos y su voz, late aún a nuestro alrededor, la guerra siguió nuestras huellas y nos halló en Ecuador para robarnos un hijo, un hermano, la alegría.





“Yo me conseguí unas tierras y tenía yuca, marranos, gallinas. El día menos pensado, nos llegaron cinco tipos a la casa, me saludaron y uno de ellos se me acercó y me dijo: ‘vea mano, a usted le vamos a dar quince minutos para que se largue de aquí, si vuelvo en quince minutos y yo lo encuentro aquí, usted se va de cajón’. La mujer no sabía ni para dónde coger, empacamos lo que pudimos empacar y salimos...”

Una señora me dio la posadita, y lo que podía ganarme compraba algo de comida, así estuve rodando cinco meses. El gobierno de allá no me ayudó... de esto uno empieza a pensar a echar cabeza. Nos quedaba tres horas de camino por montaña, yo cargué a la niña y ella el bolso, y la otra niña más grande jalándola. Caminamos de noche para evitar que nos encuentren”.





“Una cobija de glifosato se extendió en mis plantaciones de yuca, plátano, caña y piña, las marchitó; ni siquiera el pasto servía, mis vaquitas lecheras no tenían qué comer, nosotros tampoco, les llegó la muerte y a mí el desempleo, porque la tierra se erosionó y las industrias de palma africana emigraban a mejores tierras.

El veneno de la fumiga nos quemaba, nos pelaba la piel y la cabeza, la gente se quedaba peladita, hasta los animalitos sufrían y morían, todo por el veneno.

Por eso me decidí y emprendí el viaje...

Cuando uno llega a una nación extraña no puede ponerse bravo o a la defensiva; así no, para que lo traten bien a uno”.



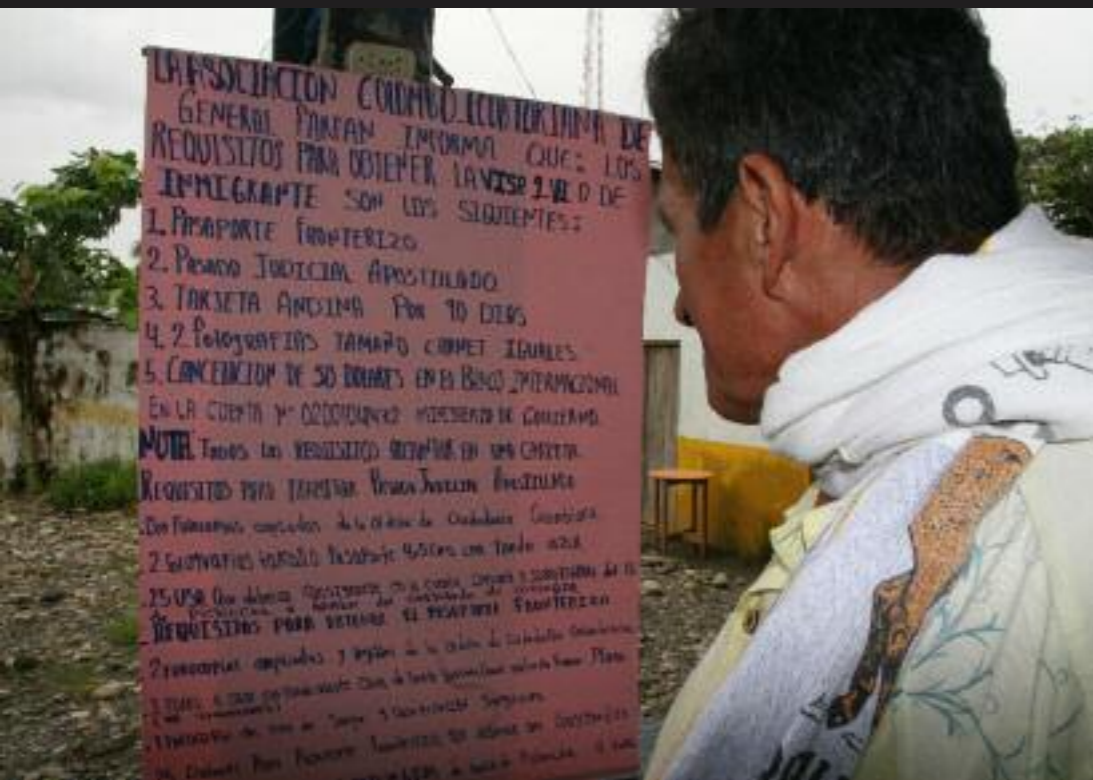
“Claro que quiero regresar a mi tierra, pero de visita, porque mi familia y mi vida ahora está acá, en Ecuador”.



Hace doce años que su compañera abriga el lado izquierdo de su cama, y la sábana blanca calienta a sus seis hijos, todos ellos nacidos en Ecuador. *“Nosotros somos una familia mixta, mi esposa es de Colombia”*.

En el regazo, con el deseo más íntimo, ella abre sus alas para ensayar el vuelo de un sueño más profundo que le permita estar sin miedo, ya no está sola y su dolor no es ajeno, es por los que no están, por los que se fueron, por los que desaparecieron. *“Dejar mi país fue triste porque uno llega y no se enseña. Con las autoridades sí pasé problema por los documentos, hubo un tiempo que no salía por los documentos, porque nos decían que nos iban a deportar”*. Ella atravesó sin sueño la nada, la quebrada tierra, la húmeda selva, llevando consigo la agitación en un rincón de sus venas, mientras la voz se le fue asfixiando con la misma tristeza del preso que alivia su encierro mirando los rayos del sol a través de las rejas: *“... lo triste es no poder salir al pueblo, aunque aquí vienen los militares nos dicen: qué hacemos aquí, y yo les digo: aquí están mis hijos... la ley, los militares la irrespetan, por cargos no más”*. Duerme mujer tranquila, ahora que ya tus noches son tan suaves y alargadas, que nunca más retumben tus oídos por las explosiones, ya no más sueños a la intemperie, ya no más gritos desesperados al viento, *“Yo no quiero regresar a Colombia, pasé mal allá, aquí está mi familia y prefiero estar aquí”*.





“Yo acá soy jornalero, me dedico a la agricultura, trabajo desde la siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde y a veces nos pagan ocho dólares o siete dólares según, pues estoy un poquito preocupado por no tener la legalización de los papeles y de ahí por el resto estoy bien. El miedo en Colombia es que aparezcan los grupos ... y luego nos enteramos que se llevaron al vecino, aquí llega la noche y uno duerme en paz”.





Llegó la Policía muy temprano, le asustaron. Como no tenía papeles ni el carnet con una foto y su nombre que legalice el miedo, dijeron que tenían que deportarle. Empezó a caminar, durante más de un año, por los papeles, con los ojos cansados de tanto revivir la historia sin lograr amparo o consuelo... ahora también llegan, sólo que no logran encontrarla, se les esconde para que no la encuentren. La gente dice que no lo haga... que no pueden sacarla de aquí, pero con la vida no se juega, y ella tiene que cuidar la suya.

“Todos los colombianos no somos malos, que nos ayuden y nos den los papeles, porque yo no quiero irme a Colombia, yo no quiero que mis hijos crezcan en Colombia, yo estoy siete años aquí y no quiero regresar, mi esposo trabaja, mis hijos estudian. Y no quiero vivir sólo preocupada”.





A través del cristal polvoriento que separa el pasado del presente, ella recuerda esos años de conflictos. El tiempo le habla de un camino que se aparta de otro camino, le habla de un nuevo comienzo donde será posible el rezo y la trascendencia sin necesidad de abrir los ojos.



“Lo que no quiero es vivir la violencia”.

“... trabajé en una empresa con compañeros que cuando se enojaban decían ‘estoy en mi país y si no te gusta lo que hay aquí te devuelves porque yo mando aquí y si no te gusta yo te puedo sacar’ y cosas así o: ‘colombiana tenías que ser’”.



Y duele el alma, duele muy de cerca sentir el miedo en sus ojos, siento la solitaria desdicha de esperar su mirada triste, con cada sacrificada palabra al no decir lo que se tiene que decir, el gesto me obliga a imaginar que todo lo que le perteneció ya no existe más y aunque resulte extraño de tras de esa neblina, hay luz de esperanza.

“Estoy aquí porque nos fumigaron como unas tres veces y ya no había nada más que hacer ahí. En Colombia tenía una casita y dos hectáreas de tierra, pues no sobrevivió, de lo que me vine de allá yo no he vuelto a ir a Colombia, ya yo no quiero saber nada, aquí tengo mi casa y yo estoy aquí pegada, yo no extraño nada aquí me siento bien, yo allá vivía con miedo, salía mi hijo a trabajar mi marido a trabajar y cómo saber si van a regresar... doy gracias a Dios que ni a mi marido ni a mi hijo les llegó a pasar algo allá, por ese miedo, ese temor, nos venimos acá a trabajar, entonces nos prestaron una finquita, nosotros sobrevivimos trabajando, maíz, arroz y con eso vivimos”.





La guerra lo confundió. Lo tomó a él, a su remanso, al abrazo cálido por algo que ella apenas había notado... un uniforme y un frío fusil; ella conocía y entendía más de su pecho, su voz y su mirada silenciosa.

Ellos, los otros –tan parecidos a él y a ella–, la cercaron, y cuando tuvo que ceder espacio a la persecución, con un cañón en la tibia sien de la madre, la sentenciaron: “¡Piénsalo! O nos entregas a tu noviecito o se muere tu mamá”.

No la encontraron al volver... dejó su hogar, marchó sin equipaje, de la mano de la madre y el amor perdido forzando sollozos y empujando lágrimas, dejó ella su cálida tierra y la guerra atrás. Nunca más supo de él, tampoco lo olvidó.

Colombia suena en su voz... ella casi sonriente, como quien confiesa un capítulo sin dolor recuerda cómo fue rehacerse, reconstruir la vida en Ecuador, dejando el miedo atrás, enfrentando a pecho abierto las miradas, los susurros y las comparaciones equivocadas.

“Yo entré a un local a preguntar el precio de un artículo y en cuanto hablé la señora cerró la caja registradora y guardó su bolso. Yo le dije: señora, no se preocupe, yo soy colombiana pero ladrona no soy...”.



“Vivir en Ecuador como quiera, aunque uno sea pobre, pasando necesidades, y uno aunque un plato come, lo come con gusto, llega la noche y uno puede dormir, duerme en paz, no se tiene ese miedo que se siente en Colombia”.



Tumaco se entregaba: doloroso, parco, convulsionado, cálido, Tumaco se entregaba melancólico y entero, como sólo estamos acostumbrados a sentir se entregue la tierra de uno, pero Rosario, con sus dos hijos pendiente siempre de sus manos dejó Tumaco, dejó su sol, su olor, dejó el estrecho restaurante del que venían frugalmente los pesos mes a mes para comer, para rellenar las sonrisas, casi siempre sonrisas, de ella, su pequeño hijo y su hermosa hija adolescente.

Hace seis años Rosario y sus hijos entraron al Ecuador, inermes, esperanzados, con remiendos en las mangas y la mirada entera y el llegar, fue descubrir que el hogar está más allá de la frontera que le pintan a uno con quien sabe qué tinta que no se ve, pero que te enseñan a sentir.

Para Rosario, Ecuador se entrega: doloroso, parco, cálido, como la tierra de uno, Rosario, lo invita a pasar a uno a su pedacito de Ecuador y con una sonrisa melancólica y entera declama algo así como su credo de la integración soñada y felizmente vivida ... *“A nosotros nos han tratado muy bien, me siento orgullosa de estar aquí, me siento muy contenta de vivir en el Ecuador, porque aquí encuentro mucha tranquilidad, me siento feliz de estar aquí y más, como tengo mi posadita, mucho mejor, me siento feliz. A veces la Policía me pide papeles y yo les digo que no tengo, y no me dicen nada, como yo no ando en cosas malas no me dicen nada. Eso sí, yo siempre les digo a los míos, a mis hijos y las colombianas y colombianos que llegan: que se porten bien porque por una chispa a veces nos quemamos todos y que sigan adelante”.*





Se rompen las olas y se abre el camino para el inicio de un nuevo día, con canasta en mano y el humo entre los dedos como incienso a manera de rezo para que el día sea bueno, comienza la búsqueda de lo más preciado, los dedos se pierden en el fango, la mano es la caricia perfecta para encontrar la ofrenda, el alimento y el sustento diario, cada tanteo se convierte en un sacrificio, en un modo de vivir que nace desde dentro de su ser, cimentado en un profundo amor a la tierra, que le brinda su calor, su luz y su fuego.

“Allá recogía la palma, recogía pepas, picaba hojas, pero la palma toda se murió, entonces no hay trabajo, le cayó peste y hubo fumigaciones; o sea, cuando empezaron a fumigar afectó mucho.

Aquí me dedico a la concha, el ciento nos pagan a seis dólares. En un día de trabajo se saca cien o cientocincuenta conchas, entre seis y siete dólares”.



“... lo más triste es que no hay una fuente de trabajo, la fuente de trabajo es la tierra, no hay alternativa de salir para adelante; todo lo que se hace es para sobrevivir, la parte fundamental trabajar, con un buen comportamiento, respetar para que también lo respeten, yo siempre digo que la vida la hace uno, la comunidad es que le da el aval para que uno siga adelante. Yo no soy una persona que me quedo quieto, si hay alguien allá me hago amigo de esa persona, uno trata de integrarse.... esperamos que haya un mejor mañana y

nuestro sueño es estar legalizados, lo que tienen que saber es que no estamos escondidos pero sí queremos ser legalizados y servirle al país”.

Podemos hacernos eco de este pensamiento porque el pensamiento viaja y llegará el momento en que nos encontremos y tengamos la posibilidad en ese trayecto importante, de ver un sueño posible.





La inocencia se ventila por sus manos, sus movimientos se convierten en un vuelo de mariposas, las manos son un poema cuando dibuja en la tierra la rayuela que le permite brincar en cada cuadro. Brinca, se extiende, pero a mitad del camino se detiene y entonces pregunto, no para interrumpirla si no para entrar en el juego con ella y me responde como sólo la inocencia puede hacerlo *“Yo no tengo documentos ni de Colombia ni de Ecuador, es que no hemos tenido plata, mi mami trabaja en cualquier trabajo que le ofrecen, no me acuerdo cómo vine para acá, ella me dijo que ha venido porque allá en Colombia es peligroso...”*.

La ficha ha cambiado de cuadro, el brinco sigue siendo el mismo, la sonrisa es la tranquilidad que el aire le permite respirar, cinco años tenía cuando llegó, el camino recorrido y sus dificultades se le escapan de la memoria, ha cambiado de destino y el vuelo de mariposas tiene otro aire, otra tierra bajo el mismo cielo, ocho años han pasado y sigue siendo el comienzo de una vida. *“Yo no quiero regresar a Colombia, aquí estoy estudiando, el otro año voy a séptimo, me llevo bien con mi profesora y mis compañeros. Me gusta porque nada malo nos pasa, yo juego, bailo cuando es de bailar, me gusta el merengue, ballenatos, bachatas, regueton, cuando me mandan voy a los bailes, cuando no, pues no me mandan”*.





*Y dale alegría, alegría a mi corazón
es lo único que te pido al menos hoy
y dale alegría, alegría a mi corazón
afuera se irán la pena y el dolor.*

*Y dale alegría a mi corazón (fragmento)
Fito Paez*





La infancia se recrea en su memoria como un miedo lejano; la sensación en la piel de una mano que lo arrastra hasta la otra orilla. Esa infancia que se truncó en su Colombia, esa infancia y su perfume son acariciadas a vuelo de pájaro.

Ocho años apenas tenía Jairo cuando llegó a Ecuador, hoy tiene su familia, la calidez de su hogar, su vida y sobre todo su Luz, su compañera en estas tierras de paz. Jairo amanece tras la frontera sur de su Colombia, encontró un hogar fuera de ella y aunque él, al igual que su padre “... quiere dejar atrás los paisajes de la desolación”, recuerda cada día los rostros de su Colombia que son la extensión trágica del conflicto que devasta cotidianamente cientos de miles de vidas, tanto en sus formas más visibles de la guerra, como en sus formas menos perceptibles pero no menos reales como son las fumigaciones “Primerito hubo cultivos que se acabaron por la fumiga, también a este lado afecto, antes se sembraba plátano y duraba como tres años; ahora uno ya no puede usar ese mismo terreno, ya no se cosecha lo mismo...”.

Pero los sueños no se desvanecen de nuestro tiempo, no se alejan dejándonos solos, las tierras abandonadas estarán esperando ser fecundadas aunque ya no tengan la misma capacidad de hacerlo “Me levanto a las seis de la mañana, desayuno y estoy entrando a trabajar a la siete, al sembrío de maíz, de plátano, de malanga... trabajo hasta las cuatro de la tarde y me pagan seis dólares el día...”. El derecho lo tiene en la mano: su herramienta de trabajo y se vuelve melancólicamente hombre de los campos y de los matorrales, presumiendo un poco del saber que le transmitió cuando niño su padre, convirtiéndose por un instante en el centro de un universo que, mientras más diversos sean sus conocimientos, más sencillos serán sus conceptos.



Ella le endulza las mañanas con abrazos y agua panela, él toma el machete y sale a trabajar, dejando durante todo el día, las paredes del nuevo hogar atravesadas por hendiduras y humedad.

El frío se cuela noche y día y fue tan tenaz que les enfermó al niño. No hubo médico cerca ni lancha para buscar uno, lo abrazó fuerte y le dio infusiones de manzanilla y rezos, esperando –como todos los refugiados, igual que los ecuatorianos–, que la salud les encuentre donde están porque no hay plata para ir a buscarla.

“En Colombia podíamos salir al médico, en cambio aquí no hay motor y no puedo salir, estamos intentando pero todavía no hay médicos, es más difícil salir. Mi esposo trabaja con un señor, trabaja tirando machete con eso medio vivimos”.





Siento que sus atardeceres, los que ha dejado atrás, se presentan cada vez más difusos, como si desaparecieran o se negaran acompañarle en este nuevo aire. Sé que no volverá a vivirlos tal como eran pero estoy seguro que el amanecer de un nuevo día y esa búsqueda continua de una realidad que le permita mirar de frente sin bajar la mirada cada vez que le acusen de lo que no es, también es posible.

“Por ahí tuve un tropiezo con la profesora, me salio con unas cosas que no debía decirlas a la niña y la retiré de la escuela, ella tiene nueve años, y ahorita no está estudiando, este año voy a mandarla otra vez y toca a la misma escuela y con la misma profesora, es que, como uno no tiene los papeles, no se siente en derecho de reclamarle a la profesora, lo primero que le dicen a uno es que el colombiano no tiene voz ni voto, por ese motivo uno se queda callado a veces”.





Hay una pequeña luz que atraviesa
las hojas en la tarde,
por ahí se filtran mis sueños,
que me permiten ser un guerrero
de un estilo distinto, de los que extienden la
mano para reconocer en el otro mi rostro, para
significar el emblema de la utopía, para ser una
ofrenda en el bosque
y expresar mi palabra inocente.





*“Tu mirada es el más
perfecto modo de decirlo todo
todo aunque no hayas dicho
nada...”*

*Tu mirada (fragmento)
Renael González Batista*





“Yo tengo 63 años y mi hija está en 37 años, tengo la visa de ACNUR que dan. Es lo que tengo, lo que necesito es que me ayudara, ella es ciega y es incapacitada un brazo no le sirve para nada, yo he estado rodando con ella de allá para acá, no trabajo porque me toca cocinarle, ayudarla, llevarla al baño...”

“Aquí en Ecuador la gente ha colaborado con mi hija, sí me han ayudado aquí, me han ayudado con monedas otros con comidita, la Cruz Roja le ayuda a ella, cuando hay trabajo lo hago en agricultura y me pagan cinco dólares, pero eso es muy poquito y me toca madrugar para cocinar el almuerzo y llevar el almuerzo para mí y ahí regreso a las tres para bañarla y darle la comidita”.



“Nosotros salimos de..., usted sabe como es Colombia nosotros salimos dejando allá botando todo, el gobierno en Colombia no nos ha ayudado en nada. Yo me había caído y me cogió un fuerte dolor de cabeza y me operaron en Quito, perdí la vista y la mano, yo vivo sólo con mi papá, no tengo mamá, se había ido cuando era niña ni la conozco tampoco”.



Y lo envolvió todo en un saco, lo que pudo, lo que encontró a la mano para mezclarse con el sabor de la lluvia en la profunda selva, con la debilidad inexplicable del recuerdo de una travesía de monte en monte, el abismo es ese miedo de quedarse, allí donde se hunde el mundo con cada lágrima sin esperanza, donde sólo hay escenarios de desesperación y violencia. Ecuador era la alternativa, la mano de su padre guía el camino, la mano de su madre se escurre entre los dedos en dirección contraria, no sólo la violencia los separa, los sentimientos se dividen.

La solidaridad horizontal siempre encontró en estas tierras, la ayuda desde adentro, solidariamente alivió el hambre, una mano se junta desinteresada y se ofrece abierta al amor y alivia la carga de la violencia y se fundan para revelar la luz de la vida humana, con intensidad y triste dulzura. Nada sobra en la solidaridad, milagrosamente los panes se multiplican, *"... cuando llegan las ayudas de ACNUR, hay unas listas de las familias a las que se va a entregar y no aparecen las familias ecuatorianas ellos se molestan, por eso los colombianos que vivimos aquí decidimos que cuando vienen las remesas para unos más que otros, ponemos en la mesa todo y repartimos por igual a todos incluyendo a las familias ecuatorianas y eso nos ha unido más y ya no hay problemas entre nosotros"*. Porque estos rostros ya no son otros rostros, han dejado de ser raros y lejanos, todos somos esos seres que confirman que otro mundo es posible.





“... Y se nubla la vista María”

Dejar el hogar es como descoserse un lado del alma, pero es que, cuando a uno le matan a la familia, poco importa en qué piensan o cómo dizque se llaman los que los matan, y si una se queda así, sola como yo, iluminada bajito con seis luceritos que son los ojos de mis tres hijos, sólo le queda a una correr, correr descalza con los hijos en la espalda, para sentir si se pisa ya en suelo suave, seguro o aún hay espinas, antes de bajarlos de nuevo a un hogar.

A la María le mataron la paz, con la vida de sus hermanos le arrebataron también el soñar risueña en Tumaco con el mañana de su Lucía, el de Mateo y el de Camilita... la Camilita que llegó a aprender a caminar en Ecuador y la Lucía que se quedó señorita a vivir con su padre.

Hace cuatro meses salió desde Tumaco María con sus dos pequeños hijos, se marchó con la mirada nublada para llegar a Ecuador silenciosa, herida, desterrada de su parcela de mundo, de su acento, de su saber hacer, de su trabajo, María llegó para tejer un rincón sin estallidos, con canto de aves y olor a concha para el Mateo y la Camilita y así con ellos, todas las noches, como esperándola en su almohada, están los recuerdos de la madre, de las amigas y amigos y los hermanos arrebatados, con ella el día, el nuevo horizonte, el nuevo suelo porque la añoranza siempre, más que intacta... creciente la acompañan.





Por hoy deja colgado su nombre en el aire con la esperanza de recuperarlo en algún momento, acaricia la cara de su niña mientras toma aire para contar su historia, ella misma es una niña convertida en mujer que hace seis meses se encuentra entre la mirada de quienes no la conocen, que no conocen su travesía y su equipaje invisible y otras maletas que se quedaron en algún lugar de Colombia convertidas en humo, vino sola, con la memoria llena, con la vida atada a los recuerdos y aplastada por la ceguera de otros.

“Cómo explicar con palabras lo que llevo dentro”

Y las palabras aparecen temblando entre sus labios para contar que le mataron al marido, al compañero, *“... no sé dónde está enterrado...”* y su mirada se pierde en el aire como para sostener las últimas lágrimas que le quedan, enamorada del viento acaricia el rostro del ausente.

Expuesta a todas las perdiciones, ella canta junto a su niña como si fuera su amuleto de buena suerte *“Vivo pidiendo colaboración en los buses, sólo con lágrimas en los ojos la gente escucha”* y recibe halagos, caricias mal intencionadas y gritos tan absurdos como *“chucha si no tienes para criar a tu hija para que te pones a parir”*, la niña apenas está caminando, sonrío como sólo ella puede hacerlo con dulzura e inocencia de no saber qué pasa, y es esa sonrisa la que le sostiene, se pone fuerte como la vida misma para deshacerse de las miradas y se vuelve sorda para que no entren las palabras hirientes a partir el alma.



No siempre es fácil combatir las injusticias desde el mismo lugar donde se producen, por ello ha dejado la puerta entreabierto, para no resignarse a bajar los brazos, para reconocer en él ese emblema que significa luchar por un sueño.

“Siempre rechazan a la gente que es refugiada, que es colombiana y no les dan trabajo, eso me pasó a mí, por ello decidí luchar por la gente, para que nos ayudaran a los colombianos. Un día yo estaba puesta una camiseta que decía colonia colombiana, entonces un funcionario de la marina me dijo: ‘¿Y usted de dónde es?’, y le dije de donde mi camiseta lo dice, entonces el señor me manifestó y dijo: ‘Agradézcan que les damos posada aquí en el Ecuador’; me sentí tan mal, tan mal, me dolió tanto esa situación”.





Oración de un niño refugiado

Víctor Rojas

Señor:

Yo soy un niño cansado de caminar
tengo miedo de los caminos
y de las sombras de la noche.

He dormido sobre almohadas de piedra
puestos los ojos en las estrellas.

Acaso, Señor, tú rondas
de estrella en estrella
como un niño refugiado
y todos te miran de reojo

y te dan puntapiés
y te piden papeles de
identificación
y te alejan de tu osito de felpa
y tu tractorcito de madera.

Ojalá que no...

Las estrellas tiritan, Señor
y yo quiero creer que son tus ojos
que tienen ganas de
despertar.

El cuerpo de mi padre
quedó en el jardín
junto al árbol de cerezas.

Mi Madre llora y acaricia mis
cabellos ondulados
y aprieta mis manos y me cubre
con su cuerpo.

Ya nada saben mis ojos
sólo de la llama que todo lo
abrazo.

Caminamos, caminamos
caminamos
y el fuego nos persigue.

Ya no hay lugar en tu tierra,
Señor.

Los caminos están sembrados
de lágrimas y minas
y allá donde los caminos terminan
dicen que no hay lugar
para niños con cara de
espantapájaros.

Estoy cansado, Señor
he olvidado los cuentos
de piratas y ballenas azules
que mi abuelo nos contó
en tiempos de antes de la guerra.

Señor, cuando mi madre y yo
lleguemos al final del camino
dile a la gente que mis pies son
ampollas a punto de reventar.

Diles
que soy pequeño
y la Tierra es grande.

Diles
que yo quiero volver a jugar
a la gallina ciega
y al puente está quebrado
con qué lo curaremos
con cáscaras de huevo, con
cáscaras de huevo.

Diles que es mentira que Tú has
dibujado sobre la Tierra
líneas que separan a la gente.





“Es berraco que le digan a usted lo van a matar, a mi me salvó un amigo, él fue una noche y me dijo: hermano váyase porque a usted lo van a matar. Entonces yo cogí la maletita y salí solo, y a mi mujer me tocó dejarla botando y después reunirme con ella, yo no sé, tuve la mala suerte de eso.

Salimos de allá, de un momento al otro, sin nada, y aquí en el albergue nos han regalado ropa porque no teníamos ni chaqueta para cubrirnos. Yo no le diría nada a la gente de aquí. Sólo les preguntaría por qué tanto rechazo contra nosotros, por qué nos rechazan de esa manera. Allá en Colombia hay harto ecuatoriano y allá trabajan, bailan, andan y uno viene aquí y lo rechazan.

Yo soy mecánico, yo voy a pedir trabajo y no me daban porque no tengo la visa, y cuando estuve trabajando en un taller por allá cayó la Policía y me dijo papeles y yo le indiqué el papel porque la visa la estaba tramitando, entonces le empezaron a molestar al dueño del taller y le sacaron plata, y me tocó salir. Yo estoy en Ecuador seis meses, la niña está estudiando, en el centro de salud nunca nos han rechazado.

No nos juzguen a todos por igual, porque venimos acá a trabajar porque allá nos encontramos en medio de personas malas, pero tenemos personas que somos gente de bien que queremos trabajar y progresar, que nos den una oportunidad que no nos discriminen por eso, y que no nos juzguen a todos los migrantes que vivimos en el Ecuador”.



“El derecho de soñar no figura entre los treinta derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948. Pero si no fuera por él, y por las aguas que dan de beber, los demás derechos se morirían de sed”.
Eduardo Galeano



Por hoy será Flor, guardaremos su nombre en un cofre para evitar repetirlo aquí como una campanilla que atraiga a la fiera guerra sobre su paz.

Flor dejó el regazo materno, tuvo que hacerlo, sobre su humilde pueblo se cernían, constantemente, ráfagas de balas y estallidos.

“... caían los que eran y los que no eran porque se enfrentaba la guerrilla con los soldados y nosotros, en medio, teníamos que esperar sólo lo que Dios diga, agacharnos, verlos pasar con armas y rogar que no nos alcancen los tiroteos de lado y lado”.





NO TE DETENGAS, ALCANZA TUS METAS (Fragmento)

Walt Whitman

No dejes que termine el día sin haber crecido un poco, sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.

No te dejes vencer por el desaliento.

No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte, que es casi un deber.

No abandones las ansias de hacer de tu vida algo extraordinario.

No dejes de creer que las palabras y las poesías, sí pueden cambiar el mundo.

Pase lo que pase nuestra esencia está intacta.

Somos seres llenos de pasión.

La vida es desierto y oasis. Nos derriba, nos lastima, nos enseña, nos convierte en protagonistas de nuestra propia historia.

Aunque el viento sople en contra, la poderosa obra continúa:

Tú puedes aportar una estrofa.

No dejes nunca de soñar, porque en sueños es libre el hombre.

No caigas en el peor de los errores: el silencio. La mayoría vive en un silencio espantoso.

No te resignes. Lucha. "Emito mis alaridos por los techos de este mundo", dice el poeta.





La Asamblea Permanente de Derechos Humanos, APDH del Ecuador, quiere dar las gracias a quienes hicieron posible la publicación de este libro. A todas y todos los que participaron abriéndonos su corazón y permitiéndonos entrar en la memoria, aún y a pesar de que eso signifique revivir su dolor, dejándonos plasmar en imágenes lo que su historia cuenta, las miradas que denuncian, las sonrisas que contagian y las manos que solidariamente se muestran.

Gracias al Consejo Noruego para Refugiados NRC, por su aporte y contribución a ser realidad un sueño, a todas y todos los miembros de la Red Fronteriza de Paz de Carchi, Esmeraldas y Sucumbíos; a Porfirio Martínez, Héctor Jara y Raúl Romero, dirigentes que en todo momento estuvieron brindándonos su compañía; a Alejandra Gaibor por su tiempo y por compartir su trabajo; a todas y todos los que están dentro de este sueño que nos permite seguir caminando.

APDH del Ecuador